

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Sucripción.—En la Península: Un mes, 150 ptas.—Tres meses, 450 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id.
La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.—Administración, Mayor 18.

Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales
París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.
La correspondencia al Administrador

La crisis francesa

Todo lo que á la vida política francesa se refiere tiene importancia mundial y esta importancia aumenta para nuestro país por razones de proximidad, de comunidad de ideas, de intereses materiales y morales y hasta de raza.

Todas estas causas hacen que la crisis resuelta anteayer por Mr. Fallieres reiterando su confianza á Monsieur Briand poseedor de la de la mayoría de la Cámara sea para nosotros asunto de capitante actualidad.

Mr. Briand tuvo hace pocos días que recurrir á las medidas de mayor energía dentro de las leyes para salvar á su país de un ensayo por lo menos de revolución social, ensayo comenzado con la huelga general de ferroviarios. Sus energías á la par que su tacto evitó terribles consecuencias para Francia; tan es así, que ya en París comenzó la explosión de bombas de dinamita razonamiento supremo de las masas anarquistas.

Conjurado el peligro de la calle hubo de afrontar Mr. Briand el embate de la extrema izquierda de la Cámara, capitaneada por Jaurés, y allí en la tribuna con el aplauso de la derecha centro é izquierda, derechas, centro é izquierdas republicanas y socialistas proclamó un principio de gobierno, imperialista monárquico, republicano, pero principio de gobierno siempre; «Sa us pópuli suprema lex» que en esta máxima pueden condensarse sus palabras:

Si la salud de la Patria lo hubiera exigido, habría saltado por encima de las leyes para cumplir, desde el Gobierno con mis deberes de patriota.

Quien así hablaba defendiendo su gestión en pró de la paz social del bien de la patria, en contra de la tiranía de la masa inconsciente, en contra de la anarquía, no era un Maura, no era un Canalejas, no era un Valdek-Rousseau ni un C'emen-ceau, era Briand, un radical socialista, era uno de los antiguos compañeros de Pelletan, de Viviani y hasta del mismo Jaurés, pero saltó de la oposición al poder y ya en él con las responsabilidades que lleva aparejada si no se quiere ser traidor al depósito sagrado que la sociedad confía á sus gobernantes, no se puede

proceder más que como ha procedido Briand y por eso la Cámara francesa le ratificó su confianza y el supremo Jefe de la nación interpretando fielmente la voluntad de la inmensa mayoría del país, renovó sus poderes á Briand.

¿A cuántos comentarios se presta lo acaecido? ¿Aprenderá con todo esto el pueblo, verá clara y se convencerá de que la verdadera libertad es sólo el respeto á la ley y que así lo entienden los hombres más avanzados del país más avanzado en su régimen de gobierno como es Francia?

LOS CABELLOS RUBIOS

Oh, rubias cabelleras desatadas como alegre raudal de olas de oro, os voléis sobre el mágico tesoro de divinas bellezas ignoradas.

Trenzas resplandecientes, esmaltadas de claveles y rosas, yo os adoro; diademas fulsantes de radiante oro de mil hilos espléndidos amarrados.

Rizos de áureo vapor, rubios cabellos que haz de rayos de vividos destellos parecéis, deslumbrando á quien os mira; con vosotros tengo mi edad riante la hamaca de mis sueños refugente, y las doradas cuerdas de mi lira!

Manuel Reina.

Gente menuda

Páginas infantiles

Con este simbólico epígrafe, publica la importante revista ilustrada «Blanco y Negro», un cuentecito que ni pintado para Cartagena, tanto que no parece más sino que su autora (María Peralas) ha estado por esta tierra y tratado de aludir á un personaje y á un personaje muy conocidos—demasiados conocidos—para los felices moradores de este bendito y liberal país.

He aquí el cuentecito:
«LA INTREPIDEZ NO BASTA

Al volver de la escuela, se detuvieron tres ó cuatro muchachitos en el canal, debajo del grandioso puente de Virginia, para mirar los cientos de nombres esculpidos en la piedra. Uno de ellos sintió un vivo deseo de que el suyo figurase entre los más altos, y decidió escalar aquella inmensurable altura para satisfacer su vanidad.

Los otros chicos trataron de disuadirle haciéndole ver el peligro á que se exponía; pero él tenazmente desoyó los consejos y las súplicas de sus amigos y empezó á trepar, utilizando una navajita

para sacar la tierra que une unas piedras á otras y tener donde afianzarse. Con asombrosa agilidad subía, riéndose de los temores de sus compañeros que con más juicio que él, comprendían todos los riesgos de tan peligrosa aventura. Uno de ellos corrió á decir á los padres de... (le llamaremos Paquito) (1) lo que ocurría, mientras el otro se lo comunicaba á cuantos encontraba en su camino. En menos de diez minutos se congregó inmensa muchedumbre en el canal, é igual gentío invadió el puente para presenciar el funesto desenlace que todos temían.

La situación de Paquito era terrible; le iban faltando fuerzas para proseguir su ascensión; tenía las manos y los pies ensangrentados; era un rumor de voces, sin distinguir las palabras...

Sigue la autora describiendo las angustias de nuestro héroe; el canguelo que le entró al mismo; al comprender la enormidad de su loco capricho; los equilibrios, planchas y dobleces de espinazo que hizo; así como el pánico que se apoderó de los familiares y amigos del chico, que formando un bloque le contemplaban desde abajo, y continúa:

En la torre apareció un hombre; una exclamación de alegría resonó en el espacio. (2)

Con mucha serenidad, pero sin perder tiempo, se ató una cuerda á la cintura, hizo un nudo corredizo al otro extremo, y con gran precaución para que el golpe no hiciese perder el equilibrio á Paquito, fué soltando la cuerda.

El niño, si vería, tuvo esperanza de salvarse y recobró ánimo para agarrarse á ella. Primero pasó la cabeza y un brazo, luego el otro, en seguida se afianzó con ambas manos y gritó: «¡Ya estoy salvado!»

El hombre, desde arriba, tirando con brío, subió al chiquillo, que al verse entre los brazos de su salvador rompió á llorar amargamente.

En la puerta que conduce á la escalera de la torre, se agolpaba la

(1) La autora oculta, como ya comprendrán, el verdadero nombre del intrépido, infantil trepador.

(2) Se omite cuidadosamente el nombre y circunstancias de ese hombre; pero nosotros sabemos por haberle visto *pa allá y pa acá*, que sus señas coinciden con las de un prócer, título del reino y presidente en la actualidad de un cuerpo muy alto, aun cuando al suyo natural es bastante bajo y un mucho desigual, sobe todo cuando anda, pero tiene guita y cuerda, y sino que lo diga Paquito.

gente, deseosa de verle; sus padres fueron los primeros que se precipitaron hacia él para abrazarle con efusión y asegurarse de que estaba vivo; pero en cuanto pasaron los primeros momentos de expansión, dijo el padre:

—Ahora, vamos á dar gracias á Dios, que te ha salvado de una muerte inevitable, y pídele que lo que has sufrido te sirva de lección para corregir los impulsos de la vanidad. No olvides este día y aprende que para colocar tu nombre á la altura que tú has pretendido, no basta ser intrépido; para subir hasta allí, hacen falta virtud y ciencia.

Este cuentecito tiene una segunda parte que se nos ha extraviado; pero si recordamos en síntesis que decía: que viendo el salvador que Paquito le había salido rana, espera ansioso que éste intente trepar otra vez por la torre del puente de Virginia, para dejarle caer la cuerdecita de golpe.

Viaje del Kaiser

Madrid 5-9 m.

En los centros políticos se afirma que en breve vendrá el Kaiser á Madrid.

A pesar de las reservas del Gobierno, se asegura que las negociaciones están casi terminadas, faltando solamente fijar la fecha en que llegará el emperador de Alemania á Madrid, lo que se hará en plazo breve.

DISTINCION MEREcida

Por R. O. del Ministerio de Marina, de 26 de Octubre próximo pasado, se le ha concedido la cruz de primera clase del Mérito Naval con distintivo blanco, libre de gastos, á nuestro querido amigo, Don Enrique Martínez Muñoz, en recompensa de los valiosos servicios que á la implantación y desarrollo de la enseñanza naval elemental, en las escuelas públicas de Cartagena y pueblos limítrofes, viene prestando voluntaria y desinteresadamente.

Felicitemos cariñosamente á nuestro distinguido amigo por tan merecida y justa recompensa.

DIPUTADOS A CINCO DUROS

«¿Quién quiere ser Diputado á Cortes?»

«Al que desee serlo, se le darán veinticinco pesetas diarias, los días

laborables; billete de ferrocarril de ida y vuelta, almohada de viaje, franquicia postal, caramelos de menta y unos tirantes en buen uso.»

Este anuncio lo veremos en todos los periódicos de España en plazo no lejano.

A ello nos ha conducido el poco patriotismo de los españoles.

Ninguno ha querido ser nunca Diputado, y sólo á la fuerza, han conseguido los gobiernos que vayan á las Cortes, nos pocos que se sacrifican por nuestro bien.

Y eso que siempre se ha procurado que quedasen contentos los Padres de la Patria: caramelitos les han tenido desde muy antiguo; después se le concedió la franquicia postal, que equivale á escribir de gorrá; más tarde se les dotó de kilométricos, para evitar que los representados tuviesen que cebar un guante para facturar en doble pequeña á su Representante; pues á pesar de todo esto, y de los téos con pastas, muchas pastas, de la mayoría, y de los convítes á que se pegaban la mayoría, no se encuentra un Diputado á Cortes ni con un candil.

Esto no podía seguir así: obligar á algunos seres desgraciados á que se sacrificasen por nosotros y accediesen á los ruegos del gobierno, á las súplicas de los comités y á las lágrimas de los correligionarios, no estaba bien; no van á trabajar por y para todos; todo trabajo se debe remunerarse; pues remuneramos entre todos á los que por nosotros se sacrifican, y así los compensaremos los sinsabores que lleva consigo el separarse de la familia, el abandonar su parte del Casino ó del café, el dejar su partida de billar ó de tréile, etc., etc.

Porque claro está que con tan pequeña cantidad, no pretende el gobierno, ni pretendemos nosotros que lo apoyamos en esta ocasión, indemnizar al médico notable, al abogado sobresaliente, al comerciante experto, etc.; etc., á todos los que son primeros espadas en su profesión: cualquiera de éstos gana más de cinco duros diarios.

Nó; nuestro objeto y el del gobierno es dar esa cantidad para juergas amistosas, para correría á la chita callando ó para cebar una cana al aire, en la Corte... de Farasá; nuestro propósito y el del gobierno es, entre los caramelos y lo que den de sí los cinco duros, endulzarles la vida á los diputados y que no se aburran en Madrid y no piensen en abandonar el Congreso, haciendo novillos como los malos estudiantes, é anticipando las vacaciones con nimios pretextos.

La mayor parte de los Diputados no necesitan esas veinticinco del día, como no sean para alfileres; todos

son ricos por casa ó por el Distrito: unos tienen bienes propios y el resto tienen bienes propios... de otros: de modo, que esa medida tal vez sea que de apuros á unos pocos desheredados de la fortuna, que por casualidad han penetrado en la «Fábrica de leyes á medida» y que no encuentran electores espléndidos, ni tienen bienes raíces, ni un mal Ayuntamiento que le diga, *por ahí te vadras*.

Y todas las personas sensatas estamos conformes en darles esas pesetas á los Diputados; en lo que hay disparidad de criterio es en si se les debe dar igual cantidad al Diputado que habla y al que no habla; si que presente una proposición de ley, la discute y apoya y al que sólo dice sí ó no como Cristo nos enseña.

Otra cuestión á debatir es si ha de cobrar cada Diputado los cien reales diarios, ó deben darse á prorrateo, según el número de palabras pronunciadas por cada Diputado.

Nuestra opinión, que la hace suya el Gobierno de S. M. es que debe dárseles á todos igual cantidad, habien ó no habien, digan mucho ó digan poco; y si fundamentamos, en que alterar esa solución, sería estimular al palabrería, fortalecer la verborrea y dar el gran disgusto, no sólo al país que aguante á tanto hablador, sino á las familias y amigos de los oradores que serían víctimas continuas y constantes de los ejercicios que éstos harían para ceitaros y tener opción á más pesetas: esta sería una contribución mucho peor que la que nos impondrán para satisfacer las dietas á los Diputados.

El Gobierno y nosotros, pensamos por el contrario, estimular el silencio de los Diputados, concediéndoles mayores dietas, cuando el presupuesto lo permita, á los que no digan ni pie; la verdadera misión de estos, es la de asistir al Congreso puntualmente, ver, oír, y callar y votar cuando llegue el caso, sin explicar siquiera el voto, porque con explicaciones está peor. A esto llegaremos, cuando los Diputados, por propio impulso ó por alcanzar el galardón pecuniario que le damos, se convengan de que «al buen callar, llaman Sancho»: el verdadero desiderátum es un Congreso compuesto de serdos mudos, y para no extremar el argumento, compuesto de Diputados como los nuestros, como los de Cartagena, *silenciosos*, como las máquinas Singer.

Pero mientras llegamos á ese como que ¡ay! tardará, continuemos el deseo de los españoles para que vayan al Congreso y nos hagan leyes á granel y nos hagan... la felicidad.

Ya lo saben nuestros lectores: corran la voz y que se enteren todos.

José se había retirado, y Hattison se sirvió un vaso que apuró de un trago.

—All right—dijo.—Me siento rejuvenecido esta noche y bien dispuesto para mañana... Vamos —continuó después de una pausa,—la vida es todavía tolerable cuando se sabe comprenderla y aprovechar las ocasiones. En fin, lo principal está hecho... Lo demás...

No terminó su frase. Rechazando con la mano los papeles y registros que llenaban su mesa, colocó la botella y el vaso enfrente, se instaló cómodamente en su sillón, bebió un nuevo trago y se puso á reflexionar. La alegría iluminaba su rostro huesoso. Sus ojuelos azules centelleaban dentro de sus órbitas. Parecía completamente feliz. Quien lo hubiera visto en aquel momento no hubiera reconocido en él al anciano de rostro impasible, de gesto seco y de mirada implacable como una cifra, que visitaba todas las mañanas los talleres de Sky Town y de Mercury's Park. Pero no había allí nadie para verle, y podía, como vulgarmente se dice, echar una cana al aire. Por lo demás, desde la fundación de Mercury's Park, era la primera vez que Hattison se permitía una hora de desahogo y suspendía su trabajo para abandonarse al placer de saborear su odio. Es verdad que, por esta vez, la cosa valía la pena. El inventor estaba decididamente muy, muy, gré

—¡Un espía, un francés!—rugió. Sus ojos lanzaban relámpagos salvajes. Después, reflexionó que tendría que gritar y llevar consigo obreros para operar la captura del bandido, según él le llamaba.

—Es inútil—dijo.—Tengo un medio más seguro.

Febilmente se puso de nuevo á escuchar. Olivier Coronel había pasado la puerta.

Hattison le oyó levantar la trampa que daba al patio del tercer recinto. Soltó las trompetillas del fonógrafo, se dirigió á una especie de gabinetito oculto bajo unos tapices, é iluminó su rostro una sonrisa diabólica.

—Primero la puerta—dijo haciendo manobrar el mango de un interruptor... ahora el bloque, ya no hay más que pedir.—Mañana veremos tranquilamente cual es el pájaro que se deja cooger en el lazo.

Hattison tenía por principio no dejar nunca adivinar su emoción. Así es que se echó en cara el movimiento violento que no había podido dominar.

—¡Estos nervios!—dijo volviendo á su sillón, tan tranquilo en apariencia como si no hubiera pasado nada; —no puede uno ser siempre dueño de sí mismo; pero en verdad, no valía la pena de incomodarse de ese modo.

He aquí lo que había ocurrido: La luz que Olivier Coronel había divisado detrás de los cristales del pabellón, era en efecto la de la lámpara de Hattison. El inventor trabajaba con ardor, y se leía en su fisonomía una expresión de constante que la hacía menos humana que de ordinario.

Es que al día siguiente le esperaba un gran triunfo.

Por la mañana debía llegar el tren especial de William Beltyn con todos los millonarios de la asociación á Mercury's Park.